

## HISTORIA DE UNA VOCACIÓN, ZOILA PEREA GALLEGOS

MARIANA PEREA FRAUSTO

Zoila Perea Gallegos nació un 5 de marzo de 1960, en el municipio de Guadalupe, perteneciente al estado de Zacatecas, creció en el seno de una familia tradicional mexicana, conformada por el señor Antonio Perea y su esposa Micaela Gallegos que, como la mayoría, dedicaba su vida al hogar y al cuidado de sus hijos, un total de doce en este caso. Durante la época de su infancia, tenía muy poca importancia entre los padres el llevar a sus hijos al preescolar, por lo que la vida escolar de Zoila comenzó al ingresar a la primaria.

Desde entonces, a pesar de ser tan joven, tenía claro lo que quería hacer con su vida, sería maestra. Especialmente, después de la experiencia que vivió durante los primeros años de la primaria, cuando su grupo fue asignado a la que ella recordaría como la peor de las docentes. Dicha maestra, además de que sometió al grupo de niñas y niños a abusos físicos y desprecios ruines, durante todo el año escolar se limitó a dar órdenes de copiar diez hojas diarias del libro de texto, para posteriormente salir del aula encerrando al grupo con un candado, conforme escuchaba los gritos y el llanto, sin molestarse en explicar a sus alumnos los contenidos, quienes le temían lo suficiente como para preguntar. La experiencia traumática terminó con un fatal evento, tanto para el grupo como para la escuela y los padres de familia; aquella que se hacía llamar maestra, había golpeado tan fuerte en la cabeza a uno de los niños, que terminó perdiendo la

vida. Fue procesada y enviada a la cárcel. Sin embargo, las estelas de sus malas costumbres aún permanecían, por lo que la mayoría de los niños tuvieron que repetir el año, ya que los había reprobado. El resto de los estudiantes había pasado, aquellos que acostumbraban a llevar regulares presentes para la maestra. El encuentro con esta desagradable persona sólo reafirmó los deseos de Zoila de ser una buena profesionista algún día: «Yo –pensaba– cuando sea grande, yo le voy a enseñar a esta maestra cómo se trata a un niño».

Recuerda con cariño la forma en la que su hermana Araceli, la más cercana a ella por edad, la apoyó para terminar la primaria y la secundaria. En dicha época, las instituciones de estudios docentes no exigían certificados de preparatoria, así que inmediatamente ambas, Araceli y Zoila, ingresaron a la Benemérita Escuela Normal Manuel Ávila Camacho. Igual que en sus años de secundaria, Araceli ejerció presión en Zoila para que se esforzara en sus estudios: «Aunque ella me exigía yo no le daba la importancia suficiente». Zoila intentaba complacer a su hermana, pero no le agradaban las clases de Historia. «Yo le decía, ¿Y a mí que me importa toda esa gente? Todo eso ya pasó», recuerda entre risas. Pero a pesar de eso, la vocación que sentía tomaba fuerza y forma con el paso del tiempo, y finalmente egresó.

A los 21 años de edad, en 1981, fue enviada al lugar en el que finalmente cumpliría su sueño, la comunidad de El Plateado, Villanueva. La ahora maestra Zoila, no se desanimó, aun cuando apreció las miserables condiciones en las que tendría que vivir si se quedaba. Incluso confrontó a su padre cuando él quería que regresara, al darse cuenta de que su hija trabajaría en un lugar sin servicios como agua o luz. Pero la maestra Zoila le restó importancia, decidida a atender la escuela del lugar. Había aproximadamente diez casas en toda la comunidad, y sus habitantes, con el poco dinero con el que contaban, únicamente podían comprar artículos de despensa cada semana en un camión que

llevaba víveres. Cuando los pobladores de El Plateado fueron informados sobre la llegada de una nueva maestra, se prepararon. En ese momento, y en ese lugar, la imagen del maestro era algo sagrado, una profesión especial y respetable que provocaba admiración. Por lo tanto, las personas emocionadas con su llegada, saltaron al servicio de la nueva maestra. La mayor parte de las familias vivían de forma muy humilde, pero de cualquier forma les complacía poder atender o ayudar de alguna forma a la maestra de la escuela. La primera semana permaneció de casa en casa: «Las personas eran muy humildes. En una ocasión una señora me invitó a desayunar. Su casa era un sólo cuarto, en donde estaba toda la familia, las sillas eran piedras y la estufa era otro montón de piedras con una tapa de lata donde cocinaban. Pero aun así las personas me compartían de lo poco que poseían». Finalmente, se decidió en la comunidad que se establecería con la familia con mejor situación económica.

Pero a la maestra Zoila no le importaban las condiciones, estaba feliz de finalmente ejercer su profesión. Pronto descubrió la facilidad que tenía para llegar a los niños, lo obedientes y respetuosos que eran. Trabajaba gustosa con todos los grados, eran muy pocos alumnos. Por las mañanas, de 8:00 a 13:00 horas, impartía clases a primero, segundo y tercero. Después de una pausa para comer, continuaba con quinto y sexto años, de 13:30 a 18:00 horas. El trabajo con los niños era todo lo que había imaginado, todo lo que amaba. Su vida profesional continuó con normalidad en El Plateado, hasta que fue transferida a El Garretón, cerca de Jerez, donde vivió otra de las experiencias que la marcarían tanto personal como profesionalmente.

En El Garretón, de inmediato se le informó que sería acogida por la señora Abelina, una mujer mayor que cargaba dos pistolas en el cinturón, la persona más acomodada económicamente en la comunidad, quien era dueña de la única tienda, donde vendía petróleo, en ese tiempo tan necesario para sobre-

vivir por su uso en la cocina, el baño, incluso en la iluminación de las habitaciones. La maestra Zoila continuaba trabajando con normalidad, procurando poner el mayor esfuerzo en su trabajo. Después descubriría su facilidad y talento para hacer elaboradas manualidades que pronto llevó al aula. Pero fue entonces que comenzó a notar las extrañas costumbres de su anfitriona. Éstas iban desde atenciones exageradas hacia su persona, como lavar su ropa mientras ella trabajaba hasta observarla mientras dormía. A pesar de su incomodidad creciente, calló lo que sucedía en casa de Abelina, especialmente porque sus padres buscaban el más mínimo problema para convencerla de regresar a su casa. Continuó trabajando, hasta que una mañana, mientras Zoila se preparaba para las clases, Abelina en estado de ebriedad la encerró en la casa. La maestra escuchaba a lo lejos la campana que tocaban los niños para iniciar las clases, y le rogaba que la dejara ir a atender a los niños. Pero Abelina se rehusó y en un ataque de locura, le confesó su amor a la maestra de la escuela. Intentó besarla y forcejeando, Zoila logró escapar, saltando por una barda de la casa, dejando atrás todas sus pertenencias. Una de las señoras vecinas la acogió en su casa al verla escapar. «¡Josefina, échame a la maestra! ¡Yo sé que ahí la tienes!», decía Abelina.

Mientras tanto, Zoila y Josefina se ocultaban solas en la pequeña casa, ya que la mayoría de los hombres trabajaban largas jornadas y salían desde las madrugadas y regresaban ya tarde. Finalmente, cuando cesaron los toquidos frenéticos, Josefina le confesó que aquella mujer tenía fama de bruja y cuando se ofreció a ser la que atendiera a la nueva maestra, nadie tuvo el valor de llevarle la contra. Al salir, frente a la casa, Abelina se encontraba dibujado un pentagrama en la tierra, junto a pedazos de tela y símbolos extraños. Josefina entró en pánico y afirmó que acababan de embrujarla, pero la maestra le restó importancia, borrando los extraños símbolos con su pie. A los pocos días, de manera extraña, la maestra cayó enferma de gravedad, no volvió

a El Garretón, y fue a parar a la capital del país, donde fue atendida por médicos especialistas.

Al recuperarse, realizó una solicitud a la Secretaría de Educación Pública y fue transferida de escuela de la cabecera municipal de Villanueva. Siguió trabajando en sus clases, y el ciclo escolar pasó con facilidad. La maestra Zoila fue la comisionada de organizar los festivales de la escuela junto a uno de sus colegas profesores. Fue hasta El 10 de mayo cuando se conmemora el Día de la Madre, que su acosadora decidió regresar. En medio del festival, frente a todos los niños, los padres de familia y los maestros, Abelina apareció, y desenfundando una de sus pistolas la comenzó a perseguir. Todos corrieron presas del terror al escuchar los primeros balazos, junto a la maestra Zoila, quien escapó hacia la milpa que estaba frente a la escuela, corriendo entre los surcos de tierra, logrando escapar apenas.

Frente a la reciente situación, vuelve a ser transferida, esta vez a El Sauz, una comunidad cercana a Tayahua, Zacatecas. Al llegar a su nuevo lugar de trabajo, se dio cuenta de que la escuela era en realidad una pequeña bodega, que era parte de un establo, donde de pie se golpeaba la cabeza con el techo. No era perfecto, pero intentó permanecer en el entusiasmo de su profesión. Hasta que el comisario de la comunidad la buscó para plantear un proyecto en el que necesitaba su ayuda: Fundar una nueva escuela en El Sauz. La maestra Zoila presta, intentó resolver los requisitos necesarios en la Secretaría de Educación Pública, y en la Presidencia local. La respuesta fue la aprobación y apoyo del proyecto. Sin embargo, el único requerimiento, era que debían encontrar un terreno para tal propósito. Una vez que encontraron uno adecuado, al investigar, supieron que era propiedad de Antonio Aguilar, cantante y actor reconocido de talla internacional. La maestra Zoila, junto al comisario, se encaminaron a la Hacienda de los Aguilar en Tayahua, con la intención de comentarle la situación. Lograron hablar con uno de los asistentes,

y así fue como se donó el terreno y se gestionó la fundación de la Escuela Primaria Justo Sierra.

Posteriormente, la maestra Zoila contrajo matrimonio con el músico Miguel Ángel de Ávila en 1998, y formó su propia familia, siendo el fruto del matrimonio tres hijos: Nancy, Alejandro y Miguel. Por lo tanto, cuando se le presentó la oportunidad de impartir clases en el colegio privado católico del municipio de Guadalupe, Villa de Guadalupe, dirigida por religiosas, a sólo unas calles de su hogar y de sus hijos, aceptó. Durante seis años, de 1999 a 2005, estuvo atendiendo a diferentes grados de primaria. Afirma que ahí cambió su concepto de las religiosas; «Ahora que lo pienso, yo tenía esta idea, de que las madrecitas eran unas santas, pero al final del día siguen siendo personas, que no son perfectas, igual que el resto de nosotras».

Finalmente, en el 2006, fue solicitada para impartir clase en la comunidad de El Salto, perteneciente al municipio de Fresnillo, Zacatecas, en la primaria de tiempo completo del lugar, y a pesar de que sus hijos aún eran muy pequeños, tomó el trabajo, adoptando una nueva rutina, en la que cada domingo se presentaba en la comunidad, y todos los viernes regresaba en un camión para pasar el fin de semana con su familia.

Uno de los retos con los que se enfrentó estando en El Salto, fue Carlos, el primer y único niño con Síndrome de Down que ha atendido. El resto del personal se asombraba frente a la paciencia y amabilidad con la que trataba a Carlitos. La maestra relata: «Le encantaba participar cuando hacíamos teatro, y los demás niños lo querían mucho, lo cuidaban y me ayudaban. Yo me sentaba con él y tomaba su mano para ayudarlo a escribir, pero nunca logré que aprendiera a hacerlo solo».

Actualmente imparte clases en primer grado de primaria, siendo un ejemplo de enseñanza, vocación y perseverancia. Trabaja llevando una buena relación con los padres de familia, bajo las creencias del trabajo en equipo. «La clave está en que en la

forma en la que los trates, te tratarán. Es igual con los niños. Si los respetas, y les das cariño, nunca te olvidan, ellos te lo triplificarán, y eso es muy bonito», señaló.

Saber toda su historia, es conocer un ejemplo de verdadera vocación y sacrificio, desde su inicio, siendo una jovencita sola, en un lugar desconocido y austero al que llegó con esperanza y valentía, con el consuelo que era la imagen del maestro en ese lugar y en ese momento, la importancia social que éste tenía. Además de que tuvo que enfrentarse a su propia familia, quienes únicamente se preocupaban por su bienestar, mismos a los que les hizo creer por muchos años que su trabajo no tenía dificultad fuera del aula. Aunque el comienzo de su vida profesional resultó algo solitario y lleno de situaciones peligrosas, en ningún momento pensó en renunciar a lo que ella considera, la misión de su vida. Pasó a intentar balancear el tiempo que dedicaba a su familia con el tiempo que pasaba en la escuela, acarreando problemas de salud en algunas ocasiones. Desde entonces permanece en la Escuela Primaria de El Salto, atendiendo con un cariño casi maternal a los niños que llegan al «Salón de la maestra Zoila», su espacio.